Año II. Madrid 16 de Diciembre de 1862. Núm. 2.°

LA EDUCANDA.

PERIÓDICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. A las familias, por T.—La idea religiosa en la Educanda, por don Casimiro Clavijo.—En el Album de una niña [poesía], por don Juan A. Viedma.—Roncesvalles, por don A. Pirala.—La mujer de Sócrates, por P.—La Gitanilla, por doña Joaquina García Balmaseda.—Modas, por Maravilla.—Anécdotas.—GRABADOS: *La Batalla de Roncesvalles.—La mujer de Sócrates.*

A LAS FAMILIAS.

NUESTRAS tareas en esta segunda época de La Educanda, serán continuacion de las que hemos desempeñado durante la primera, segun nos lo han permitido nuestras fuerzas; pero con el vivo interés que nos inspira la educacion de la mujer, tal como concebimos que debe recibirla para realizar sus destinos.

Las madres de familia y las profesoras á quienes esta publicacion ha merecido constantemente la benévola acogida que tanto ha estimulado nuestro celo, comprenderán muy bien lo necesaria que es ya la modificacion que estamos efectuando, puesto que conocen cuáles han sido nuestras tendencias al esponer en la parte doctrinal los principios y las reglas que debian observar, en todos los actos de la vida, las que teniendo por la naturaleza, ó por encargo de las familias, la importante y delicada mision de formar la hija, la hermana, la esposa y la madre del hombre, no se hallasen convenientemente preparadas para cumplirla, cooperando á realizar en esta parte los designios del Criador.

A tan alto fin se han dirigido nuestras miras; pero por los medios que nos han parecido mas conducentes. Si en nosotros hubiese cabido la pretension de escribir para filósofos, nos habria sido necesario saber dar mas al razonamiento y á la investigacion de los principios; si nos hubiéramos dirigido á los hombres, deberíamos haber tratado con mas vigor y atrevimiento las partes mas delicadas de los asuntos que han sido objeto de nuestro estudio; mas para las hijas, las esposas y las madres, hemos debido limitarnos á cuestiones concretas, y prácticas que todo el mundo pudiese comprender, sin menoscabo de su moral.

No creemos haber ofendido á la filosofía, abandonando el lenguaje severo de la ciencia por el lenguaje familiar, y los problemas metafísicos y científicos por problemas al alcance de todas las inteligencias, y cuya solucion está mucho mas en el sentimiento que en la lógica. Este proceder no es nuevo; siempre ha habido una filosofía sábia, pero atrevida y aventurera, que aspira á penetrar los últimos secretos de las cosas con la fuerza del método; y otra, menos ambiciosa, que se contenta con dar algunas reglas de conducta, deducidas del estudio del corazon humano. Esta no estuvo en la antigüedad encerrada en las escuelas: el sábio y espiritual Sócrates enseñaba en la plaza pública de Atenas, con lenguaje sencillo y familiar, á la juventud, la piedad filial, el amor fraternal, los beneficios de la amistad, los peligros del amor, y todos los intereses mas comunes de la vida humana.

¿Puede La Educanda con una filosofía nada científica ni elemental, sino familiar, práctica y esencialmente cristiana, satisfacer alguna necesidad de nuestra época? No lo dudamos, pues mientras algunas imaginaciones ligeras y frívolas se alimentan de la filosofía trivial ó corrompida de ciertas novelas, otras mas juiciosas estimarán encontrar la historia de su alma, y una direccion segura para salir de las perplegidades de la vida.

La Educanda se ha propuesto tambien recrear instruyendo, é infundir el gusto de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, hasta en las almas infantiles. Para ello, no teme hablar al corazon, porque se apo-

© Biblioteca Nacional de España

ya en la mas pura moral, y porque un método preciso la gobierna hasta en la libertad del lenguaje familiar; no evita el entusiasmo, porque ¿qué es la vida sin él? Pero hace la guerra al entusiasmo, hijo de una sensibilidad enferma y desordenada, que sufre por todo, y que se vé arrastrada por ilusiones engañosas; combate tambien el error, el egoismo seco y mezquino que desdeña al sentimiento, que se rie de la poesía, que ignora el amor, y solo estima el bienestar material y la fortuna; procura levantar y unir para el bien las almas enervadas por el excepticismo, y las estraviadas por la imaginacion: á éstas, inspirándoles un sentimiento mas exacto de la vida, y á las otras, algunos afectos generosos; en fin, aspira á curar miserias, porque hay muchos males que nacen hoy de una lucha secreta entre una razon fria y una sensibilidad exagerada.

Preciso es reconocer que estamos en una época en que la influencia de las tradiciones se debilita de dia en dia. Todo el mundo quiere servirse de su razon, y lo importante es saber usarla bien. Si dirigimos las ideas y los sentimientos de la juventud solo por el hábito, aplicará su razon á negar las cosas respetables, y á satisfacer sus pasiones: necesario es, pues, llamar esta propension al bien, y mostrarle que nada hay mas razonable que el deber y la virtud.

Pero en adelante simplificarémos la accion de la educadora, pues si bien tendrá que contener ó estimular á su alumna, no necesitará proceder sino como cuando se quiere contener una fuerza pronta á reprimirse por sí misma, ó como se estimula una negligencia capaz de reconocerse. La direccion ha de ser menos prolija á medida que el desarrollo de las facultades de una jóven le permite continuar casi por sí sola su educacion. Ejercitada la reflexion, ha tomado un vuelo mas seguro y libre. La enseñanza se ofrece ya á una inteligencia que sabe apreciarla, y es llegado el caso de presentarle nociones bastante estensas sobre todos los objetos en relacion con los progresos de su edad, y con sus destinos ulteriores ya mas próximos.

Por consiguiente, á las hijas que se hallan en la edad de la adolescencia y de la juventud, y no ya tanto á las madres de familia y á las profesoras, vamos á dirigirnos. Contamos, sin embargo, con que estas últimas no consideren estraña para ellas esta publicacion; pero no les pertenecerá el papel mas activo. Suponemos que han dado ya una instruccion regular y sólida que podrá bastar á cierto número de nuestras jóvenes lectoras; pero muchas deberán, á causa de la posicion y de las aspiraciones razonables de sus familias, entrar en un círculo de conocimientos convenientes á su sexo y á sus verdaderos intereses. A estas, procuraremos formarles el gusto por medio de ciertas nociones de gramática general, literatura y artes; les enseñaremos á ver en la Historia algo mas que hechos y fechas; procuraremos que no queden estrañas á los principios de la Higiene, cuya práctica es tan necesaria dentro y fuera del hogar doméstico; ni á los puntos mas esenciales y prácticos de la filosofía, porque están dotadas de facultades tan poderosas para el bien como para el mal, y tienen una inteligencia interesada en discernir lo verdadero de lo falso. Pero cualquiera que pueda ser la decision de los padres y madres de familia, ora limiten los estudios de sus hijas á la primera enseñanza, ora procuren que adquieran una instruccion mas estensa, nuestras doctrinas relativas á la parte moral de la educacion las dirigiremos á todas, porque á ninguna podrá serle indiferente perfeccionar su carácter y llegar completamente preparada al momento solemne en que cambiará de guia y apoyo.

Las jóvenes de quince á veinte años no se desprenden de los hábitos contraidos ya; pero los modifican; sus facultades siguen en progreso; su carácter sufre una transformacion parcial. Estos cambios que ellas mismas observan, los seguiremos nosotros: su orígen lo encontraremos en el pasado, indicando las consecuencias para el porvenir.

Las que en breve hayan de tener una casa que dirigir y relaciones que cultivar en sociedad, no deben llegar á este estado por una brusca transicion: han de ser conducidas por sus madres; pero, de cuántos accidentes no será necesario que sepan preservarse: ¡Cuántos hábitos no tendrán que modificar para ser acogidas con benevolencia! Todo cuanto se refiere á este punto constituye una enseñanza, para la cual puede ser bueno consultar la esperiencia de muchos: nosotros diremos cuanto creamos que les pueda ser útil en el paso de la oscuridad familiar al brillante esplendor de las visitas y reuniones; pero nuestro papel se limitará á dirigir observaciones, completando los juiciosos consejos que les hayan dado las madres.

Hacemos fervientes votos porque las madres de familia y las profesoras, cuyas tareas intentamos aliviar, puedan obtener algun provecho de nuestros esfuerzos asociados á su generosa perseverancia.

T.

© Biblioteca Nacional de España

LA IDEA RELIGIOSA EN LA EDUCANDA.

Los frutos del Cristianismo obran dentro del órden moral, obran dentro del órden intelectual, obran dentro del órden social; y siendo el periódico de LA EDUCANDA un pensamiento de instruccion moral, intelectual y social, y de enseñanza tanto mas delicada, por cuanto que se dirige á influir en el corazon de jóvenes señoritas, vírgenes aun, en el sentimiento y en la idea, parece muy oportuno hacerles entender la importancia que tiene el sentimiento religioso en la vida. A toda enseñanza debe anteponerse ciertamente el conocimiento de nuestra religion sacrosanta; porque el Cristianismo, además de ser una religion de verdad y de caridad, tambien es todo bondad, y un arte sublime; pues como rayo de divina luz, penetra en el corazon de todos, obra en todas las edades, á pesar de los mil y mil obstáculos que le presenta la corrupcion y pesadez de nuestra naturaleza; por esto vemos, que al obrar, nunca consulta á la naturaleza, tan dueño es de ella, y todo le es bueno para hacer un santo: un niño, un guerrero, un sábio, un pastor, un rey, una doncella, una alma ya pura, una alma ya criminal, todo se hace en sus manos capaz de santidad, y de ordinario, como dice un apologista cristiano, hasta en las dificultades y resistencias de la naturaleza y de la sociedad, obra estas metamórfosis, llamadas conversiones, y que no son menos prodigosas en el órden moral que las de la fabulosa antigüedad en el órden sensible. La accion del Cristianismo en el alma, es una cosa admirable, digna de reflexion; es una sávia sobrenatural. Por esto, el que veamos cuando quiere hacer brillar la caridad y el celo del Apostolado, escoger á un perseguidor: Dios quiso la conversion de los Gentiles, y de entre ellos elige para su Apóstol á San Pablo, acérrimo enemigo del Cristianismo y constante perseguidor antes de su conversion. ¡Qué sublimidad! Toma el corazon de una vírgen para hacer admirar en ella la inflexible intrepidez, el heroismo de la constancia. En medio de los preparativos del himeneo y en el seno de las caricias paternales, se apodera de la elegante señorita para transformarla en hermana de Caridad. ¡Sublime fuerza! Encántanos así con tan prodigiosa forma para hacernos ver y admirar una obra de dulzura y humildad. La gracia divina, que es la sávia de Jesucristo, es el divino atractivo, y que hace á los hombres santos; por esto desde que apareció el Cristianismo, se ven brillar por todas partes en el mundo esa admirable eflorescencia de virtudes celestiales, esa poderosa fructificacion de santidad.

En los trabajos de inteligencia no descuiden las directoras de Colegio hacer entender á las niñas, que si hay miserias en el corazon del hombre, hay tambien debilidad en el espíritu, y que la inteligencia quedó tambien enferma por el pecado. Para combatir el orgullo en los adelantos de las unas señoritas sobre las otras, el Evangelio la mejor arma, así como la aplicacion y laboriosidad tienen su remuneracion bien manifiesta en los mismos libros santos, como tendremos ocasion de hacer ver en otros artículos: hágase entender á las niñas la importancia de la fé cristiana, la que no solamente nos preserva del error, sino que nos dirige hácia la verdad, y que es el camino, la verdad y la vida; es el don mas precioso hecho á la inteligencia. Ascendiendo así al terreno social, la grandeza y excelencia de las máximas evangélicas, serán las únicas que influyendo en el ánimo de las jóvenes educandas, podrán dar ventajosos resultados á las maestras cuando hablen, cuando enseñen, cuando amonesten. La fuerza del sentimiento religioso dará sin duda al mundo de la educacion, habiendo celo y prudencia, accion y virtud; se admirarán en él jóvenes de ejemplar virtud, de admirable instruccion, y de grande utilidad en el mundo social, luego que hayan dado término en la penosa carrera de la educanda.

CASIMIRO CLAVIJO.

EN EL ALBUM DE UNA NIÑA.

Cuando bajes á tu huerto
En busca de rosas, niña,
Para prender tus cabellos
Enamorada y sencilla,
Si en el seno hallas de alguna
La cantárida escondida,
¡Ay! recuerda que estas flores
Los placeres simbolizan;
Por eso su vida es breve,
Por eso tienen espinas,
Y por eso en sus corolas
El remordimiento anida.

JUAN A. VIEDMA.

© Biblioteca Nacional de España

RONCESVALLES.

Entre los muchos acontecimientos que la tradicion nos ha trasmitido, y la poesía y la novela han desfigurado, está la célebre batalla de Roncesvalles.

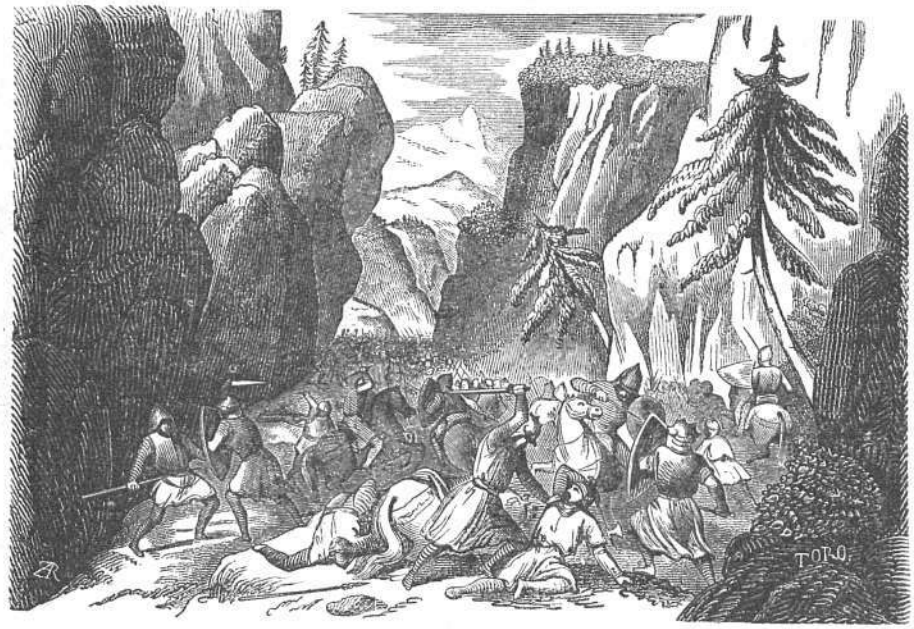
Asunto de fabulosas crónicas y de famosos libros de Caballeria las hercúleas proezas de Roldan, los prodigiosos hechos de los Doce Pares de Francia, y las heróicas hazañas de Bernardo del Carpio, apenas se ha contado con verdad la historia, pues el mismo Mariana, á quien tan revelantes dotes distinguen, admite fábulas y acoge errores que hoy con mejor crítica se rechazan.

Todo sin embargo ha contribuido á dar celebridad á la inolvidable rota de Roncesvalles, tan popular como aquellos versos de Cervantes,

Mala la hubistes, franceses
en esa de Roncesvalles.

presa del franco, le cerró las puertas y se mostró hostil cuando le habia llamado como auxiliar; imitaron su ejemplo otros pueblos que temian la devastadora marcha del invasor, que no se atrevió á hacer frente á tanto enemigo, y se retiró con mas oro que vergüenza, como dicen algunas crónicas francesas.

A la cabeza Cárlo-Magno de su ejército, se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sin el menor obstáculo; pero al penetrar el segundo cuerpo de ejército, en el que iba la córte del Monarca y su mas lucida gente, los bagajes y los tesoros apresados, fueron detenidos en su victoriosa marcha por los rudos montañeses vascos, que sin armas brillantes, ni organizacion militar, ni mas guia que su valor, y pensando quizá que debian castigar el haberse atrevido á pasar los Pirineos y perturbar su tranquilidad con el belicoso ruido de las armas, y que debian tambien hacer respetar aquellos agrestes sitios, apostados en las laderas y alturas, parapetados en las mismas sinuosidades del terreno, sonaron el cuerno salvaje, y mezclado al grito



Batalla de Roncesvalles.

Reinaba en Francia Cárlo-Magno, aquel soberano que llena la historia de su tiempo, cuando se le presentaron unos musulmanes españoles solicitando su ayuda contra el poderoso emir de Córdoba. La ofreció al instante, porque veia ocasion de ensanchar su reino aquende los Pirineos, y reuniendo el mayor ejército que pudo, le dividió en dos cuerpos; en la primavera del año 778 pasó el uno los desfiladeros del Pirineo oriental y el otro las gargantas de los Bajos Pirineos.

Por Pamplona y las poblaciones del Ebro fué devastando los campos hasta Zaragoza, que, con sor-

de guerra, al tradicional *aurrera*, cayeron unos sobre las huestes francas, embarazadas por su mismo número y la angostura del terreno, y arrojaban otros sobre ellas *peñascos, que de las crestas de los montes rodando con estrépito caian.*

Allí peleaba el desaliñado vasco con el bien armado caballero francés, que apenas podia revolver su caballo ni lucir su destreza en el manejo de las armas, inútil ante el rudo valor de aquellos montañeses.

Degollados unos francos, aplastados otros, confundíanse los lamentos de los moribundos con la gritería de los vencedores, aumentando tan estraño concierto

© Biblioteca Nacional de España

lo horrible de aquel cuadro, que presentaba todo un ejército destruido, toda la riqueza y bagajes en poder de unos montañeses que ignoraban la necesidad y aun el uso de la mayor parte de los ricos objetos de tan fastuoso botin.

Contóse entre los muchos ilustres muertos el caballero Roland, el famoso Roldan de nuestros romances, que era prefecto de la Marca de Bretaña, y aun se conservan en la Colegiata de nuestra Señora de Roncesvalles, grandes sepulcros de piedra, huesos humanos, fragmentos de armas, y otros objetos que se suponen pertenecientes á aquella derrota; testimonios mas creibles que la roca, que manifiestan tajó Roldan de medio á medio con su espada al verse vencido, sin que su Durindaina se partiera ni doblara.

Tal fué el hecho que dió estensa fama á Roncesvalles.

Los mismos vencedores le trasmitieron á la posteridad: si no tenian historiadores que escribiesen, tenian poetas que cantasen, y repetida su poesía de unos en otros, ha llegado hasta nuestros dias bajo el título de *Altabizaren cantua* (el canto de Altabiscár), que tiene estrofas rudas, pero magníficas; sencillas, pero enérgicas, y que revelan la agreste independencia, y el ardoroso patriotismo de aquellos tiempos.

Gustosos daríamos aquí, no el original vascuence, porque pocas de nuetras lectoras lo entenderian; pero sí la excelente traduccion de la señora Abellaneda, si no nos lo impidiesen los estrechos límites del periódico. Citaremos sin embargo algun fragmento.

. . . . . Sobre esas cimas
móvil bosque de lanzas centellea,
y en medio, sus colores ostentando,
majestuosas ondean sus banderas.
. . . . . .
¡Qué guerrero tropel!—Cuéntalos mozo.
—Diez... quince... veinte... veinticinco... treinta..
y otros tantos!.. ¡y cien!.. Se pierde el número
porque son mas, señor, que las arenas.
. . . . . .
¿Qué vienen á buscar á nuestros montes
esos hijos del Norte en son de guerra?
¿Entre ellos y nosotros puso en valde
el mismo Dios una muralla eterna?
. . . . . .
Ya huyen veloces... huyen...—Cuenta mozo.
¿Cuántos los vivos son que aun aquí restan?
¿Veinte? ¿Quince? ¿Diez? ¿Ocho? ¿Siete? ¿Cinco?
—No señor.—¿Cuatro? ¿Dos?—Ni uno siquiera!

A. Pirala.

LA MUJER DE SÓCRATES.

El filósofo Sócrates tenia una mujer tan perversa y regañona, que continuamente le injuriaba de mil maneras. Sucedió que un dia, despues de haber reñido ágriamente, se vió precisado á salirse de casa por amor de la paz. Irritada la mujer, tomó un jarro de agua, y

asomándose á la ventana, la derramó sobre la cabeza del marido. Este, en vez de enfadarse, lo miró como un medio propio para ejercitar su paciencia, y dijo á un amigo que le acompañaba: tras de la tempestad viene la lluvia.

P.

© Biblioteca Nacional de España

LA GITANILLA.

—Qué frio hace! decia Ricardo, el niño mayor de un rico hacendado de Ocaña, tirando sobre un sofá sus libros de estudio. Lo que es por hoy no bajo á la huerta ni al corral; es verdad que tú tampoco quieres bajar? añadió dirigiéndose á Enrique, su hermano menor.

Este, lejos de mostrar deseo de ir á la huerta, escondia sus manos entre el manton de su madre, y hasta hubiera llorado de buena gana, á no persuadirle ésta de que era una vergüenza llorar por miedo al frio.

—Si estuvieras en Rusia, decia la buena señora, verias como no lloran las gentes, á pesar de que el invierno es allí tan crudo, que con frecuencia tienen que frotarse la nariz y las manos con nieve para que no se les hielen.

—Y no lloran los niños en ese país, mamá?

—No por cierto, y si lo hicieran, sus lágrimas caerian heladas como hilos de plata por sus megillas; por eso no lloran, y se están con sus madres junto al hogar.

Esto era lo que ambos niños pensaban hacer. En breve llegó Clara, la mayor de los tres, de la maestra, y su madre se felicitó de ver en torno suyo su familia reunida.

Catalina, la antigua criada de la casa, refunfuñando porque Ricardo y Clara no habian dejado en el portalon sus zapatos gordos llenos de nieve, los recogió, preparó la mesa, y en breve colocó en su centro una cazuela de sustanciosa sopa, que exhalaba un olorcillo capaz de resucitar á un muerto. Enrique fué el encargado de ir á avisar á su padre, que repasaba en su despacho las cuentas de los frutos llevados al mercado de Madrid, y al punto, instalados todos en rededor de la mesa, y á muy poca distancia Catalina con el plato mas hondo que encontró, dió principio la comida, que como de costumbre, fué abundante y bien sazonada.

Despues de servir á todo el mundo, la excelente madre reunió los restos en una cazuela, diciendo:

—A algun pobre le vendrá bien!

—De esa manera, dijo entre dientes Catalina, no hay modo de tener nunca los cacharros limpios. Lo que es hoy ni aun los mas necesitados saldrán de su casa.

La señora Isabel, que así se llamaba el ama, no hizo caso de las palabras de su anciana sirvienta, que en honor de la verdad, no tenia tan mal corazon como queria aparentar, y colocó al fuego la comida que acababa de reunir.

Clara, que miraba por los cristales de una ventana que daba á la calle, exclamó de repente:

—Dios mio! Va descalza sobre la nieve!

En efecto, una niña de unos ocho años, excesivamente morena, pasaba por la calle, dirigiendo á uno y otro lado miradas furtivas. Como Clara acababa de decir, iba descalza, y todo su traje se componia de una saya muy destrozada de percal, con volantes al canto, y un pañuelo encarnado, atado á la cintura: sus cabellos mal recogidos, pero de un negro que envidiaria el azabache, caian desgreñados en torno de su rostro.

—Esa niña es forastera, dijo la señora Isabel corriendo á la ventana, pero parece muy pobre. Llamadla, y le daremos de comer.

Todos los niños, que vieron en esto cumplido su deseo, abrieron la ventana, llamando á la niña en coro, y su padre replicó:

—Cerrad esa ventana; está entrando un frio espantoso. Y á qué llamarla? Dádle algunos cuartos, y que se vaya con Dios.

Leon de Molina, el hacendado mas rico de Ocaña, era un hombre de muy buen corazon, que nunca rehusaba dar limosna al pobre; pero que no sabia dar á su caridad la dulzura angelical de su piadosa mujer, don celestial que solo otorga el Señor á las almas privilegiadas. Así, pues, dando tanto como ella, y con tan buena voluntad, si encontraba alguna gratitud, no recogia tantas bendiciones.

Los pobres ambulantes excitaban menos que otros su compasion, y aun solia decir, que no daba crédito á sus males; pero no obstante no se opuso á la indicacion de su mujer, y salió de la cocina á tiempo que sus hijos entraban con la mendiga.

El frio la estremecia de tal modo que apenas podia andar, y se quedó en el dintel de la puerta inmóvil, muda, espantada. Los niños en torno suyo la asediaban á preguntas, hasta que su madre exclamó:

—Vamos, dejadla; id á jugar á otra pieza... y tú, pobre niña, ven, siéntate aquí.

Colocó á la niña cerca del hogar, la puso delante la sopa bien caliente, que debia fortalecer sus miembros, y la mendiga comenzó á comer y beber con ansia salvaje, quedándose mas tranquila cuando hubo terminado su racion.

—Cómo te llamas? la preguntó la señora Isabel.

—Consuelo.

La pobre mujer se estremeció ligeramente, y todos los niños fijaron en ella sus miradas, recordando que hacia poco habian perdido una hermanita que se llamaba así, y á quien su madre lloraba siempre en silencio.

Gran diferencia habia entre aquella negra y salvaje gitana y la niña blanca y sonrosada que dormia en su nicho, siempre adornado de flores; pero el nombre habia despertado en el corazon de la madre todo su dolor, todo su cariño.

© Biblioteca Nacional de España

Acostumbrada á disimular su pesar, continuó:

—De dónde vienes?

—Desde Sevilla, de pueblo en pueblo.

—Con quién?

—Con mi padre y mi madre.

—Y adónde están?

Mi padre se ha quedado fuera del pueblo, y mi madre y yo hemos entrado á vender collares y medallas: ella se entró en una casa, me cansé de aguardar, comencé á pasearme, y luego no he podido dar con ella.

En este tiempo los niños, á fin de distraerla, fueron á buscar juguetes, trayendo Ricardo un caballo de máquina, en el que comenzó á galopar, excitando tal asombro en Consuelo, que bruscamente esclamó:

—Cómo corre, y no es de carne como los otros!

Despues Clara trajo su muñeca, Enrique un libro con estampas, Ricardo un arlequin... Al principio la niña lanzó ávidas miradas sobre todos aquellos juguetes nuevos para ella, pero luego volvió sus ojos á la puerta, pronta sin duda á lanzarse por ella, como un gato montés, cuando la señora Isabel llamó su atencion dándola un pedazo de pan con miel, y Clara la cedió su muñeca, mientras Catalina, dando rápidas vueltas al huso, refunfuñaba:

—No sé á qué conduce admitir en casa á estas gentes!

—Dónde vivís, esclamó la señora Isabel.

—En el campo.

—Y no os helais en estas noches de invierno?

—Mi hermano se heló, dijo la muchacha, tomando las frases al pié de la letra: una noche se salió de la manta y amaneció muerto.

Los niños escucharon aquello con horror, y Clara murmuró:

—No tienes zapatos?

—Sí, tengo unos encarnados, pero no me los pongo mas que al entrar en las grandes ciudades. Para andar mucho no me sirven.

—Dónde está tu hermano el que murió? dijo la bondadosa madre.

—En Santa Cruz de Mudela, entre un monton de arena.

—No, mujer, no sabes que los niños que se mueren se van al cielo? dijo Ricardo.

—Sabes rezar? preguntó la señora Isabel.

Consuelo sacó un rosario y comenzó rezar la Salve como un papagayo.

—Quién es la Vírgen María á quien diriges tu oracion? dijo la señora Isabel.

—Aquella señora de vestido azul y corona de plata que hay en la iglesia, repuso la muchacha sin titubear.

A pocas preguntas pudo convencerse la honrada mujer que la instruccion religiosa de Consuelo estaba tan descuidada como sus ropas, y se preguntó si debia volver aquella niña á sus padres ó Dios se la enviaba para que ella iluminase su corazon y su inteligencia. En breve llegó la noche: los niños pensaban ya en recogerse, y la señora Isabel dijo á Catalina:

—Es preciso disponer cama á esta niña.

—Cama! No faltaba mas. Es esto posada para albergar á semejantes vagabundos? Que vaya á buscar á sus padres, y.... no temais, esas gentes no se pierden nunca!

La señora Isabel dejó gruñir á su criada, arregló por sí misma con mantas en el portalon una cama abrigada, desnudó á la niña, dominando la repugnancia que la causaban sus ropas, y la dejó en el lecho, despues de haberla mudado con una camisa de Clara.

Cuando los niños vieron volver á su madre, esclamaron á una voz:

—Qué no se vaya, qué no se vaya!

La piadosa madre contempló á sus hijos conmovida, y nada respondió á su peticion, porque sabia la responsabilidad que para con Dios y el mundo tiene el que se hace cargo de un niño. En este instante entró D. Leon de la calle, sus hijos le rodearon con cariño, le hicieron mil preguntas, le refirieron todo lo ocurrido con la niña vagabunda, y por último se la mostraron dormida en el improvisado lecho.

—No veo inconveniente en que esa pobre chica pase aquí la noche, dijo don Leon, pero mañana será fuerza buscar á sus padres.

—Ay! papá que se quede en casa, dijeron los niños.

—Estais en vuestro juicio? exclamó mal humorado el padre. No sabeis lo que decís!

Su mujer nada dijo: ayudada por Catalina dispuso la cena, despues de la que Clara leia siempre el Evangelio del dia. Tocaba en aquel el capítulo diez y ocho de San Mateo, y entre otros versículos, leyó la niña los siguientes:

Y llamando Jesus á un niño le puso en medio de ellos.

El que reciba á un niño en mi nombre, me recibe á mí.

Mirad que no despreciéis á ninguno de estos pequeñuelos, porque os digo que estos ángeles ven continuamente en los cielos el rostro de mi Padre.

Cuando sus hijos estuvieron acostados, Isabel dijo tímidamente á su marido:

—Qué trabajo me cuesta echar de casa á esa niña!

—Lo creo, replicó aquél, pero ya ves que no hemos de tener esa criatura salvaje entre nuestros hijos.

—Yo cuidaré de todos, añadió con tono suplicante Isabel, y al menos hasta que acabe el invierno.

—No lo pienses. Yo daré lo necesario para que la

© Biblioteca Nacional de España

cuiden en cualquiera casa del pueblo, pero en la nuestra, nunca!

—Como quieras, dijo aquella resignada, pero no sé porqué se me ha puesto en la cabeza que Dios me enviaba esa niña... y ademas se llama Consuelo!

Ambos callaron, pero al dejar la cocina, contemplaron conmovidos á la niña dormida en el portal.

(*Se continuará.*) (*Traduccion.*)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.

El último mes del año tan triste y nebuloso por lo general, es, sin embargo, amables señoritas, el mas rico en novedades, y el que mas aliciente ofrece á la curiosidad de las niñas, pues en él tiene lugar la exposicion de objetos para regalos de Navidad ó *aguinaldos*, cuya moda, que cuenta larga fecha, no lleva trazas de caer en desuso. La madre de familia, al distribuir entre sus hijas, ú otras jóvenes de la familia, el diferente lote que ha preparado para cada una, encuentra un placer inefable en acompañarle con útiles consejos, que estas no olvidarán jamás. Goces encantadores del hogar doméstico; vosotros sois la única felicidad en la tierra! ¡Desgraciado del que no os ha conocido!

Antes de echar una ojeada sobre la Moda, la crónica que hoy inicia esta seccion en las columnas de LA EDUCANDA, y que ordinariamente las firmará, se permitirá saludar á sus jóvenes lectoras. Ella, como alguna de vosotras, no sabe hacerse los vestidos, pero puede usar los mas ricos, y serviros de modelo, para que por los suyos podais sacar los vuestros, cuando os dé el buen pensamiento de que sean obra de vuestras manos.

Vais á pensar sin duda que soy un *maniquí*; por hoy no trato de satisfacer vuestra curiosa impaciencia: mas adelante leereis mis memorias, que no serán del todo inútiles para aquellas que no conozcan mi historia.

Entrando en materia, os diremos que las telas mas á propósito para trajes de señorita en las reuniones de esta temporada, son de seda, de fondo liso, en colores claros, como gris, violeta, azul ó habana; y para traje de baile, el crespon, el tul y la tarlatana, lisa ó floreada.

Estos vestidos se hacen generalmente de talle redondo, con el cinturon anudado atrás, bien de cinta ó de la misma tela del vestido. Las bertas ordinariamente son redondas, ó con un poco de punta adelante y atrás; pueden guarnecerse de uno ó mas volantitos, sirviéndoles de cabeza un rizado de cinta. En este caso la falda deberá llevar un volante ancho ó varios mas pequeños.

Nos duele ver cuánto se olvida hoy que la sencillez es el adorno mas natural y el que mas favorece á las gracias juveniles: las joyas, lo recargado de los adornos, ahogan en lugar de realzar la frescura de la preciosa edad de la adolescencia.

Cronistas de la Moda, nos vemos precisados á presentarla en todo su aúje y esplendor, pero á las madres de familia, á las mismas señoritas, toca el simplificarla, y alguna vez nosotros mismos daremos útiles lecciones para ello.

En punto á abrigos los mas en favor por todo el invierno serán sin duda alguna las polonesas y las capas redondas, que en Francia llaman cuellos: se llevan de terciopelo de lana, de paño de damas labrado, de lana dulce, de chinchilla muaré, y se los adorna de trencillas, botones y pasamanería mas ó menos rica. Las salidas de baile se llevan de cachemir ó merino blanco ó de color, guarnecidas de galones anchos y cuentas de azabache ó de avalorio: se sujetan con ricos cordones de seda, cuyas puntas caen por delante. Las mas lindas á nuestro parecer son las de cachemír blanco, forradas de florencia blanca, con la entretela de picado menudo, guarnecidas de cisne y con capucha.

Los sombreros de ala redonda concluyeron su reinado con el invierno: los cerrados han recobrado su imperio, y entre ellos los de terciopelo epinglé y tul blanco con adornos de blondas y flores son los mas á propósito para Señoritas.

MARAVILLA.

ANÉCDOTAS.

Vale mas, dice el Espíritu Santo, habitar bajo el humilde techo de una cabaña, que residir en un palacio con una mujer quimerista. Es ésta como un techo que se cala y gotea en un dia de lluvia.

Cuéntase de Luis XIV de Francia, que, al saber la muerte de la reina, su esposa, á quien tan olvidada tuvo en vida, abandonándola cruelmente, exclamó anegado en lágrimas: «Este es el primer disgusto que me causa.»

C. A. DE L.

Por lo no firmado:
El Director y Editor propietario, *P. J. de la Peña.*

Editor responsable: D. VICENTE PARDO Y ORTEGA.

MADRID.—1862.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—HUERTAS, 42.

© Biblioteca Nacional de España